

## LA HONRADEZ ANTE TODO

Los hilos de la vida se entrecruzan. Alán Nelson estaba en Villaturbia sin hacer nada, ya que tenía que esperar que sanaran su brazo y su hombro. El Sr. Puebla se encontraba a ocho kilómetros de Villaturbia. El Sr. Puebla era un agricultor que estaba muy disgustado. El Sr. Zúñiga vivía en la ciudad de Lorca a quinientos kilómetros de Villaturbia en línea recta y más de seiscientos por la carretera, lo que Alán sabía bien, pues él trabajaba en Lorca en una tienda del Sr. López. Y, así es la vida: todos ellos se vieron reunidos en un mismo asunto, el resultado de lo cual fue...

Un brazo y un hombro de Alán habían quedado muy lastimados cuando un irreflexivo muchacho de la ciudad de Lorca lo atropelló con su auto y siguió su camino sin detenerse para ver siquiera lo que había hecho.

Algunas personas lo socorrieron y le dijeron que era una barbaridad lo que había ocurrido. Pero el hecho es que el atropellador había desaparecido, y todo lo que pudo hacer Alán fue ir a un médico para que le pusiera en su sitio los huesos maltrechos.

-Mucho me temo -informó Alán al Sr. López, su patrón-, que no podré trabajar durante un buen tiempo. - Lo siento -le contestó el Sr. López- pero no tema, cuando vuelva encontrará su puesto. El Sr. López estaba dispuesto a cumplir con su palabra. Alán era tenedor de libros, y después de sanar y volver a su escritorio, su trabajo lo estaría esperando. Un trabajo por el cual le pagaban \$180 mensuales. Alán pensaba en eso: \$180 por mes, y no se le iba a pagar sueldo mientras estuviera ausente de su trabajo.

En la ciudad de Lorca los alquileres eran caros y los restaurantes no daban crédito; por eso escribió una carta a su casa y una semana después llegó a Villaturbia.

Ya en su casa, se puso a meditar. ¡No era justo lo que le sucedía! Había observado todas las reglas de tránsito, mientras que el muchacho que lo había embestido las había burlado impunemente. ¡No era justo! Pero no ganaba nada preocupándose y meditando. Más le valdría ver la forma de conseguir dinero, mientras estaba en su casa, para pagar la cuenta del médico.

Se puso a considerar el asunto, pero no veía nada que pudiera hacer. Se sentó y miró una casa bien construida aunque deshabitada que quedaba a corta distancia en la misma calle.

Una casa en Villaturbia no costaba tanto dinero como una casa en la ciudad de Lorca. Eso era natural. Pero lo que no era natural era que esa casa vecina a la de sus padres estuviera allí vacía y nadie la ocupara año tras año.

-Mamá -preguntó Alán-, ¿quién es el dueño de esa casa desocupada en la esquina de la calle Independencia?

-El Sr. Zúñiga --contestó su madre.

-¿El Sr. Zúñiga?

-Sí. Los Zúñiga vivían antes en este pueblo, pero cuando murió el anciano Zúñiga, su sobrino de la ciudad de Lorca heredó la propiedad. El acostumbraba venir ocasionalmente los veranos, cuando era pequeño.

-¿Por qué no la alquilará? -observó Alán-. ¿Por qué no la venderá?

-Le gustaría hacerlo, pero no puede.

-No me explico ...

Pero después que su madre le mencionó el hecho, se acordó de que nadie quería alquilar esa casa desocupada debido a un olor insoportable que se sentía en ella.

-Es algo que enferma -le aseguró su madre- El Sr. Zúñiga ha hecho revisar la casa, vez tras vez, pero no ha podido encontrar la causa de ese desesperante mal olor. Hasta pensó que se trataba de un animal muerto que habría quedado debajo del piso, o en el entretecho. Pero no encontraron nada. Y Alán se acordó de eso después. Pasaban los días, y su brazo y hombro mejoraban rápidamente.

Pasaron más días, días largos, días oscuros durante los cuales pensó en los \$400 que debía al médico. Los \$180 sólo le alcanzaban para pagar el alquiler, la comida y sus gastos personales. Eso era todo. ¡Si pudiese conseguir algo más de dinero!

Cierto día, mientras caminaba por el campo pensando en la forma de pagar su cuenta, vio un aparato perforador de pozos. y entonces fue cuando se encontró con el Sr. Puebla, dueño del campo por el cual caminaba. El Sr. Puebla estaba muy disgustado.

Sí, el sol brillaba lindo. ¡Pero! ... Sí, el tiempo había sido bueno para la cosecha, ¡pero! ...

-¿Qué sucede? -le preguntó Alán.

El Sr. Puebla miró el aparato de perforación. A continuación le explicó que había gastado \$300 en un pozo y que, no obstante, lo único que había sacado era agua sulfurosa.

-¿Qué clase de agua? -preguntó Alán. -Agua sulfurosa -repitió el Sr. Puebla-. Trabajamos mucho y sacamos esa agua. ¡Huélala!

¡Y súbitamente Alán recordó haber percibido el mismo olor! Y también vislumbró la forma de pagar su cuenta del médico. Cuando llegó de vuelta a Villaturbia, su madre le confirmó lo que él pensaba. Si esa casa quedara libre de ese olor tan desagradablemente espantoso, podría venderse en seguida.

-Pienso que el Sr. Zúñiga la vendería a muy bajo precio, tal como está ahora -dijo la madre de Alán.

Y luego siguió una semana de investigaciones realizadas por Alán. ¡Ya sabía de dónde provenía el hedor! Sólo tenía que hallar el lugar por donde salía, y cubrirlo.

Un día mientras estaba investigando, en el sótano, en un lugar donde el piso era solamente de tierra, observó que el olor era más fuerte que en otras partes de la casa. Fue a su casa y volvió con una pala y comenzó a cavar. Y también comenzó a sentir náuseas. ¡Al fin había encontrado de dónde salía el olor! El hecho era que, en un antiguo pozo donde había agua sulfurosa, se había rajado la tapa que le habían puesto para impedir que saliera el olor. Allí estaba la raíz de todo el mal. Y como eso había sido hecho por el anciano Zúñiga, su sobrino que vivía en la ciudad de Lorca, a tanta distancia, no sabía nada. Tan sólo había hecho visitas ocasionales al pueblo cuando era niño, y probablemente nunca habría oído hablar del viejo pozo abandonado.

Alán se fue a su casa. "La semana próxima -se dijo para sí-, iré a Lorca, conseguiré dinero prestado y compraré la casa. La obtendré muy barata. La pérdida de Zúñiga será mi ganancia". ¡Tendría más que suficiente para pagar la cuenta del doctor!

No iba a decir nada a su madre acerca de lo que pensaba.

"Ella se opondría..." -pensó Alán. La razón por la cual no se lo dijo es porque creyó que a lo mejor a ella no le iba a parecer muy honrado lo que él estaba por realizar. Su familia y los Zúñiga habían sido amigos durante muchos años. "La mala suerte será para Zúñiga", pensó otra vez Alán.

El lunes tomó el tren para Lorca. En la ciudad ofrecería un bajo precio a Zúñiga por su casa desocupada; luego haría tapar la rajadura del pozo viejo, y vendería la propiedad con una magnífica ganancia. ¡Aun habría de duplicar su inversión!

Era una lástima que se perjudicara el Sr. Zúñiga, pero al fin y al cabo, alguien tendría que sufrir la mala suerte. Y entonces se le ocurrió a Alán que el muchacho alocado que lo había embestido pensaría lo mismo: "Siento mucho haberlo atropellado, pero qué vamos a hacer con la mala suerte".

El tren seguía rápidamente su camino hacia Lorca, donde lo esperaba su oportunidad. El Sr. Zúñiga seguramente iba a dejar la casa casi por nada. El precio que le ofrecería, le iba a parecer muy bueno "La mala suerte le tocará a él", pensaba Alán. Las ruedas del tren parecían repetir su pensamiento: "La mala suerte será suya, la mala suerte será suya". Hay que poner en primer lugar los propios intereses.

Sin embargo, a medida que se acercaba a la ciudad, su conciencia le iba haciendo notar cada vez más claramente que lo que iba a cometer era un robo encubierto, aunque él lo llamase un "negocio". En realidad se trataba de un engaño.

Luchó largo rato con sus escrúpulos, y al fin pensó que lo mejor sería proceder honradamente. "Quizá -se dijo para sí-, en recompensa por mi acto de honradez, el Sr. Zúñiga me venda la casa a un precio bajo".

Pero no fue así. El Sr. Zúñiga escuchó lo que le decía, y le contestó:

-Nunca se me había ocurrido que la causa de ese mal olor fuera el agua sulfurosa. Y nunca se me ocurrió revisar prolijamente el sótano.

-¿Vendería Ud. la casa? -le preguntó Alán.

-Ahora no -le replicó el Sr. Zúñiga moviendo la cabeza- Me alegro mucho por lo que Ud. me ha dicho. Esa casa ha pertenecido a nuestra familia durante mucho tiempo y pienso conservarla y convertirla, como de costumbre, en nuestra residencia de verano.

Después de algunas expresiones de agradecimiento, terminó la entrevista. Alán Nelson fue después al almacén donde estaba empleado. El Sr. López quiere verte, Alán -dijo uno de los compañeros de trabajo. Nuestro amigo entró en la oficina del jefe, con el corazón latiendo violentamente. ¡A lo mejor el Sr. López no le daría su puesto de vuelta! ¡Y esas cuentas del médico que debía pagar!

-Tome asiento, Alán -lo invitó el Sr. López.

Y entonces, mientras hablaba el jefe, el temor dio paso a la emoción, y la emoción dio lugar a la admiración al ver el resultado de las cosas. Pues el Sr. López le dijo:

-Necesitamos un ayudante para el cajero. El sueldo será de \$300 por mes. No sabíamos a quien poner en ese puesto. Se necesita una persona honrada, estricta, de una honradez a toda prueba.

Y, para terminar la corta entrevista, el Sr. López dijo: -y Ud. Alán, ha sido designado para ese puesto. Será ayudante del cajero.

Sí, en la vida se entrecruzan los hilos de los hombres. El Sr. López, el Sr. Zúñiga, una casa abandonada, un accidente, un agricultor que hizo perforar un pozo inútil y sacó agua sulfurosa, todos se unieron a la larga en este juego del destino. El Sr. Zúñiga conocía al Sr. López, y le había contado lo de la prueba de honradez de Alán.